RUBEN DARIO Y ANTONIO MACHADO

Las relaciones amistosas y literarias entre Antonio Machado y Rubén Darío no han sido aún suficientemente estudiadas, aunque no han faltado críticos y biógrafos de ambos poetas que hayan aludido a esas relaciones en sus trabajos [1]. En las siguientes páginas intento sólo un primer apunte sobre el tema, que algún día espero poder completar con perfiles más detenidos y reveladores.

¿Cuándo se produce el primer encuentro personal entre Rubén y Machado? Fue en el año 1902, en París, adonde Machado acudió llamado por el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, que le ofreció el puesto de canciller en el Consulado de Guatemala. En ese

[1] Recordamos, entre otros, el excelente trabajo de ALLEN PHILIPS sobre *Antonio Machado y Rubén Darío*, publicado en la revista "Sin Nombre", volumen II, núm. 1, San Juan de Puerto Rico, 1971, y el artículo de ANTONIO OLIVER *Antonio Machado y Rubén Darío*, publicado en la revista "Poesía española" (diciembre de 1957), en el que dio a conocer algunas cartas de Machado a Darío, que reproducimos en nuestro trabajo.

primer encuentro, Antonio Machado, que ya no era ningún niño—tenía veintisiete años, y escribía desde los veinte—leyó tímidamente sus poemas al autor de *Azul* —poemas del libro *Soledades* que tenía casi terminado, y que publicaría al año siguiente—, y esos poemas, tan verdaderos y melancólicos, impresionaron favorablemente a Rubén, que desde entonces mostró siempre por su autor admiración y simpatía, públicamente testimoniadas en varias ocasiones. Bastaría recordar el extraordinario y conocidísimo poema-retrato que Darío tituló *Oración por Antonio Machado,* en el que tan hondamente supo reflejar la personalidad del «misterioso y silencioso», del «luminoso y profundo» autor de *Soledades.* Pero también en prosa, y con no menor entusiasmo, quiso hacer pública Rubén su admiración por Antonio Machado. En una crónica titulada *Nuevos poetas españoles,* reunida en su libro *Opiniones* (Madrid, 1906), escribió Darío estas palabras: *Antonio Machado es quizá el más intenso de todos. La música de su verso va en su pensamiento. Ha escrito poco y meditado mucho. Su vida es la de un filósofo estoico. Sabe decir sus enseñanzas en frases hondas. Se interna en la existencia de las cosas, en la naturaleza. Tal verso suyo sobre la tierra habría encantado a Lucrecio. Tiene un orgullo inmenso, neroniano y diogenesco. Tiene la admiración de la aristocracia intelectual. Algunos críticos han visto en él un continuador de la tradición castiza, de la tradición lírica nacional. A mí me parece, al contrario, uno de los más cosmopolitas, uno de los más generales, por lo mismo que lo considero uno de los más humanos.* Este breve juicio crítico de Rubén—que era, cuando quería, tan penetrante crítico como genila poeta—tiene de todo: aciertos y errores. Toda la primera parte es rica en profundas intuiciones. Pero hablar de un orgullo neroniano a propósito del humilde y humanísimo Antonio Machado, como llamarle poeta cosmopolita, no deja de ser eaxgerado. Cuando pocos años después escribió Ru-

bén su *Oración por Antonio Machado,* un más hondo conocimiento del poeta y del hombre le permitió hacer el más fiel retrato del autor de *Soledades,* y con razón ese estupendo poema figuró desde las primeras ediciones al frente de las *Poesías Completas* de Machado.

Pero Rubén consagró, además, otro artículo lleno de cariño y admiración al hombre y al poeta que era Antonio Machado. Se publicó en *La Nación* de Buenos Aires, el 15 de junio de 1909, con el título *Los hermanos Machado,* y está fechado en Madrid en mayo de ese año, habiendo permanecido olvidado en la colección de aquel famoso periódico, hasta que recientemente lo descubrió el crítico uruguayo Angel Rama, que lo reprodujo con un comentario con la revista *Puerto* [1] bis.

Ese artículo de Rubén nos da, por cierto, una imagen curiosa de un juvenil, locuaz y divertido Antonio Machado, buen bebedor de cerveza. He aquí el fragmento más interesante:

Antonio Machado es silencioso, meditabundo, lleno de honda y suave filosofía. El ha expresado en hermosos versos su frecuencia de ensueño, su amor al misterio, su indumentaria distraída, y lo que hay en su mirar dulce y penetrante y en su sonrisa condescendiente. Sabe traducir por su ciencia íntima todo lo que se ha vislumbrado del oculto idioma de las cosas desde Jámblico a Novalis. Sabe que la vida tiene sus encantos y sus horas risueñas; y nos hace advertir en voz baja que

> *Un golpe de ataúd en tierra es algo*
> *perfectamente serio.*

Yo le conocí antaño, en noches jóvenes, de cerveza y de lirismo.

El silencioso se tornaba conversador, y conversador gentil y chispeante. Tenía fáciles la saeta y la paradoja,

[1] bis *Puerto,* revista de la Universidad de Puerto Rico, núm. 1, octubre-noviembre-diciembre de 1967.

y su ideología encantaba el ánimo. Su aspecto de joven lord descuidado parecía blindado de resignación y su paradoja y su saeta siempre iban suavizadas de indulgencia. Lleno del necesario orgullo de su secreta virtud, ni ha hecho de misionero, ni ha sentado plaza de defensor de cánones. Ha sonreído de la incomprensión del vulgo semiletrado, y tan solamente a sus íntimos ha hecho la gracia de sus comentarios.

No faltan tampoco, como expresión de la amistad entre los dos poetas, las mutuas dedicatorias. Rubén dedicó a Machado uno de los poemas de su libro *Cantos de vida y esperanza,* titulado *Caracol.* Y cuando se publicó en Madrid el libro, en 1905, Machado, que aún vivía en Madrid, ya en vísperas de su marcha a Soria, escribió a Rubén—el 10 de julio de ese año—, una tarjeta en la que decía: *Querido maestro: Salud. Tiempo hace que no tengo noticias de su vida. ¿Qué tal le va? ¿Trabaja mucho? ¿Leyó el artículo de Ledesma y los versos del maestro Cavia? Aquí han triunfado sus* Cantos de vida y esperanza. *Yo he escrito un artículo, que no sé dónde publicar. Póngame unas letras y cuénteme de sus proyectos. Sepa cuan es su buen amigo, Antonio Machado.* Desgraciadamente, ese artículo de Machado sobre el gran libro de Darío, si es que realmente existió y fue sólo un proyecto, no se ha conservado. O quién sabe si yace olvidado en una oscura revista de la época. O si Machado, no satisfecho de él, decidió destruirlo. Pero a falta de ese artículo, que nos hubiera sido utilísimo para saber hasta qué grado admiraba don Antonio la poesía de Rubén, tenemos en cambio el poema que le dedicó un año antes, en 1904, con el título *Al maestro Rubén Darío,* que se publicó por primera vez en 1907, en el número 10 de la revista *Renacimiento,* dirigida por Martínez Sierra. Es el poema que Machado incorporó luego a *Campos de Castilla,* y aunque es, por tanto, muy conocido, me interesa reproducirlo a continuación, para comentarlo brevemente:

Este noble poeta, que ha escuchado
los ecos de la tarde, y los violines
del otoño en Verlaine, y que ha cortado
las rosas de Ronsard en los jardines
de Francia, hoy, peregrino
de un Ultramar de Sol, nos trae el oro
de su verbo divino.
¡Salterios de loor vibran en coro!
La nave bien guarnida,
con fuerte casco y acerada proa,
de viento y luz la blanca vela henchida
surca, pronta a arribar, la mar sonora,
y yo le grito: ¡Salve! a la bandera
flamígera que tiene
esta hermosa galera
que de una nueva España a España viene.

El autógrafo de este poema, que reprodujo la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* en su número 56 (agosto de 1954), añadía al título la siguiente frase: «Con motivo de la próxima aparición de sus *Cantos de vida y esperanza*». Machado utilizó en él, sin duda para dar más relieve a su homenaje, el lenguaje poético modernista que Rubén había puesto de moda. Todo el poema, en efecto, se halla dominado por elementos sonoros y musicales: ecos y violines, verbo divino, salterios de loor que vibran de oro, la mar sonora, la bandera flamígera de la hermosa galera. Claro es que esta «hermosa galera» de que habla Machado es simbólica: es la bella galera del modernismo que Darío trajo a España. El mismo Rubén utilizó esa imagen de la galera en su soneto *España,* del libro *Entre el río de la Plata y la Isla de Oro,* aunque en este caso referida, no al modernismo, sino al espíritu de España.

Dejad que siga y bogue la galera
bajo la tempestad, sobre la ola:

va con rumbo a una Atlántida española,
en donde el porvenir calla y espera.

No se apague el rencor ni el odio muera
ante el pendón que el bárbaro enarbola;
si un día la justicia estuvo sola,
lo sentirá la humanidad entera.

Y bogue entre las olas espumantes
y bogue la galera que ya ha visto
cómo son las tormentas de inconstantes:

que la raza está en pie y el brazo listo,
que va en el barco el capitán Cervantes
y arriba flota el pabellón de Cristo.

El soneto no es gran cosa, pero sí muy expresivo de la adhesión de Rubén a España, con motivo de la guerra que la enfrentó a los Estados Unidos.

Es curioso que Machado, en su poema-homenaje a Rubén, le diga a éste que ha escuchado los violines de Verlaine, en frase que ya había escrito a Juan Ramón Jiménez en carta del mismo año, al acusarle recibo de su libro *Jardines lejanos*[2]. La frase es seguramente un eco del bello artículo *La tristeza andaluza,* que Rubén incluyó en su libro *Tierras solares,* aunque Rubén no habla de violines, sino de siringa: *Juan Ramón Jiménez, como todo joven poeta de fines del XIX y comienzos del XX, ha puesto el oído atento a la siringa francesa de Verlaine.*

Pero volvamos a coger el hilo biográfico de la relación personal entre Darío y Machado. En 1906, Antonio Machado gana una cátedra de lengua francesa en el Instituto de Soria, la vieja ciudad castellana que va a dar

[2] La misma frase encontramos recordada por Rafael Cansinos Assens al evocar una visita de los Machado y otros amigos a Juan Ramón Jiménez en el Sanatorio del Rosario. Tras una lectura que hizo Juan Ramón de sus versos, le dijo—según cuenta Cansinos Assens—Antonio Machado: "Tiene usted la flauta de Verlaine" (Revista *Ars,* 5, abril-diciembre 1954, San Salvador).

un nuevo rumbo a su vida. Desde allí, en 1908, escribe a Darío, a la sazón ministro de Nicaragua en Madrid, para recomendarle a un amigo y anunciarle que pasará las vaciones de Navidad en Madrid, y que espera tener el gusto de abrazarle. La despedida no puede ser más afectuosa: «Disponga de su buen amigo que cada día le admira más y que nunca le olvida, Antonio Machado.» Un año después, en junio de 1909, Machado se casa con Leonor Izquierdo, una sorianita de dieciséis años, de quien se ha enamorado al mismo tiempo que de Soria. Pero dos años más tarde, 1911, sobreviene la tragedia. En enero consigue una pensión de la Junta para Ampliación de Estudios, con el fin de seguir unos cursos en la Sorbona. Deja el original de su nuevo libro, *Campos de Castilla,* ya terminado, a Gregorio Martínez Sierra, que se lo ha contratado para su publicación en la editorial Renacimiento, y parte feliz con su mujer a la capital francesa, donde el matrimonio se instala en un modesto hotel de la rue Perronet. Desde allí escribe una carta a Rubén, que acaba de ser nombrado por los hermanos Guido director de la gran revista *Mundial,* y le expresa sus deseos de ir a visitarlo. «Traigo para usted—añade—algunos encargos de sus amigos de España.» Pero la visita iba a retrasarse lamentablemente. El 14 de julio, en que París entero se echa a la calle para celebrar la fiesta nacional francesa, Leonor sufre, de modo inesperado, un ataque de hemoptisis. Machado la lleva rápidamente a una Maisón de Santé del faubourg Saint Denis, y desde allí escribe a Rubén el 17 de julio esta breve carta: *Querido y admirado maestro: una enfermedad de mi mujer que me ha tenido muy preocupado y convertido en enfermero, ha sido la causa de que no haya ido a visitarle como le prometí. Afortunadamente, hoy más tranquilo, puedo anunciarle mi visita para dentro de unos cuantos días, a fin de semana. Le quiere y le admira, Antonio Machado.* No sabemos con certeza si la visita anunciada llegó

a realizarse, pero sí que Machado debió de entregar o enviar a Rubén el manuscrito de la versión inicial, en prosa, del poema *La tierra de Alvargonzález*, que se publicó en la revista *Mundial*, en el número de enero de 1912.

Pronto debió de darse cuenta Machado de que la enfermedad de Leonor era grave. Los médicos del sanatorio de la rue Saint Denis le aconsejaron que llevara a su mujer a Soria, cuyo clima puro y alto convenía mejor a la enferma que el aire viciado y húmedo de París. Pero el poeta, que había gastado todo su dinero en la cuenta del hotel y del sanatorio, se encontró con que no le quedaba ya dinero para el viaje de regreso a España, y no había tiempo de pedirlo a sus familiares. Entonces pensó en el único buen amigo que tenía en París: en Rubén Darío. Y le escribió la siguiente carta, fechada el 6 de septiembre de 1911: *Querido y admirado maestro: Le supongo al tanto de nuestras desventuras por Paca y Mariquita* (es decir, Francisca Sánchez, la fiel compañera de Rubén, y su hermana María), *que tuvieron la bondad de visitarme en este sanatorio. Leonor se encuentra algo mejorada y los médicos me ordenan que me la lleve a España, huyendo del clima de París, que juzgan para ella mortal. Así pues, yo he renunciado a mi pensión y me han concedido permiso para regresar a mi cátedra; pero los gastos de viaje no me los abonan hasta el próximo mes en España. He aquí mi conflicto. ¿Podría prestarme 250 ó 300 francos que yo le pagaría a usted a mi llegada a Soria? Tengo algunos trabajos para la revista que le remitiré si usted quiere. Le ruego que me conteste lo antes posible y que perdone tanta molestia a su mejor amigo, Antonio Machado.* Rubén, que se da cuenta de la tragedia de su amigo, le adelanta el dinero que necesita, y el matrimonio toma el tren para Soria. Machado no ha tenido ni tiempo para despedirse de Darío, y le escribe: *Querido y admirado maestro: He tenido que partir de París en circunstan-*

cias muy apremiantes y me ha sido imposible despedirme de usted como hubiera sido mi deseo. Voy camino de Soria en busca de la salud para mi mujer. Mucho le agradecería que hiciera que me enviasen la revista (Mundial) *y las pruebas de mi artículo, que yo le devolvería corregidas (Soria, Instituto). Mil abrazos de su invariable amigo que no le olvida, Antonio Machado.*

En Soria, el poeta se convierte en enfermero de su mujer, cuya salud es lo único que le preocupa. Leonor, tras alguna aparente mejoría, vuelve a agravarse. La llegada a Soria del primer ejemplar de *Campos de Castilla,* que se ha multiplicado con éxito en Madrid, es sólo un momento de alegría. Leonor muere el 1 de agosto en brazos del poeta. La muerte de su esposa hunde a Machado en un dolor hondo, y está a punto—le escribirá más tarde a Juan Ramón Jiménez—de pegarse un tiro. Es entonces cuando exclama en cuatro versos inolvidables:

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

Huyendo del paisaje de Soria, donde fue tan feliz, pero que ahora aviva su dolor, Machado llega a Baeza, a cuyo Instituto ha sido trasladado. En ese poblachón andaluz y moruno va a vivir el poeta seis largos años, en los que, para olvidar su tragedia, se entrega a las lecturas filosóficas y vuelve de nuevo a su poesía. Allí escribe varios poemas conmovedores recordando a su amada muerta, y mantiene una intensa correspondencia con su admirado Miguel de Unamuno. Y allí, en la soledad de Baeza, le llega la súbita noticia de la muerte de Rubén Darío, en la lejana Nicaragua. Machado coge la pluma, y escribe su último homenaje al glorioso poeta y buen amigo:

Si era todo tu verso la armonía del mundo,
¿dónde fuiste, Darío, la armonía a buscar?
Jardinero de Hesperia, ruiseñor de los mares,
corazón asombrado de la música astral,
¿te ha llevado Dionisos de su mano al infierno
y con las nuevas rosas triunfante volverás?
¿Te han herido buscando la soñada Florida,
la fuente de la eterna juventud, Capitán?
Que en esta lengua madre la clara historia quede;
corazones de todas las Españas, llorad;
Rubén Darío ha muerto en sus tierras de oro,
esta nueva nos vino atravesando el mar.
Pongamos, españoles, en un severo mármol,
su nombre, flauta y lira, y una inscripción no más:
Nadie esta lira pulse, si no es el mismo Apolo,
nadie esta flauta suene, si no es el mismo Pan.

El poema, con evidentes resonancias modernistas, se publicó en la revista *España,* en el número 56, correspondiente al 17 de febrero de 1916. Los dos últimos versos del poema, como ya advirtió Oreste Macrí[3], recuerdan los dos últimos del soneto de Rubén *Palabras de la Satiresa,* incluido en *Prosas profanas:*

Y amando a Pan y Apolo en la lira y la flauta,
ser en la flauta Pan, como Apolo en la lira.

Sabemos que Antonio Machado admiró profundamente, y desde muy pronto, a Rubén, a quien, ya en 1903, dedica la sección *Los cantos de los niños* de su primer libro *Soledades.* Luego vendrán los dos poemas de 1905 y 1916 que he reproducido anteriormente, y que de modo tan patente muestran esa admiración. Pero ¿hubo, además de admiración, influencia poética de Rubén en el autor de *Campos de Castilla*? Los críticos estudiosos de Machado han abordado este problema de la posible

[3] En su edición crítica de la *Poesía de Machado,* Edit. Lerici, Milán, 1959.

influencia modernista, rubeniana, en su poesía. Y no todos han estado de acuerdo en afirmarla. Pedro Salinas, Guillermo de Torre y Guillermo Díaz Plaja, no admiten el modernismo de Machado, o lo reducen a una levísima huella, puramente epidérmica. Por el contrario, Juan Ramón Jiménez y Gabriel Pradal, lo afirman, y no sólo referido a una primera fase de la poesía de Machado, sino a todo lo largo de su obra. Tales influencias modernistas—escribe Gabriel Pradal en su excelente estudio *Antonio Machado. Vida y obra*[4]—«se reflejan de punta a punta a lo largo de toda su poesía». Entre las posiciones extremas de Salinas, De Torre y Díaz Plaja, que ven en Machado sólo un poeta del 98, y las de Juan Ramón Jiménez y Pradal, que señalan en él una fuerte influencia modernista, podrían citarse posiciones intermedias, como las de Ortega y Ricardo Gullón.

Pero antes de referirme a algunas de esas opiniones, oigamos la palabra misma de Machado, protagonista del problema. En su prólogo a la edición de 1917 de *Soledades*, escribe Machado estas palabras que, aunque muy conocidas, parece necesario repetir aquí: *Las composiciones de este libro, publicado en enero de 1903, fueron escritas entre 1899 y 1902. Por aquellos años Rubén Darío, combatido hasta el escarnio por la crítica al uso, era el ídolo de una selecta minoría. Yo también admiraba al autor de* Prosas profanas, *al maestro incomparable de la forma y de la sensación, que más tarde nos reveló la hondura de su alma en* Cantos de Vida y esperanza. *Pero yo pretendí—y reparad que no me jacto de éxitos sino de propósitos—seguir camino bien distinto. Pensaba yo que el elemento poético no era la palabra por su valor fónico, ni el color, ni la línea, ni un complejo de sensaciones, sino una honda palpitación del espíritu; lo que pone el alma, si es que algo pone, o lo que dice, si es que algo dice, con su voz propia, en respuesta animada al contacto del mundo.*

[4] *Revista Hispánica Moderna*, número enero-diciembre 1949, Nueva York.

Estas palabras de Antonio Machado, tan significativas, contienen dos afirmaciones rotundas: una, su profunda admiración por el gran poeta que era Darío; otra, su evidente propósito de apartarse de la lírica modernista, cuyas principales directrices no compartía. Cuando Machado habla de la palabra con valor fónico, del color, de la expresión de sensaciones, está caracterizando los principales rasgos del modernismo en poesía, y del más abundante Rubén Darío. Y a esos rasgos opone Machado una «honda palpitación del espíritu», una voz del alma. Es decir, valores no puramente formales y musicales sino interiores, hondos, de la intimidad del alma.

Pero no es esa la única vez que Antonio Machado expresó su disentimiento del modernismo, o al menos de los tópicos modernistas. De 1910 es su famoso *Autorretrato* que va al frente de *Campos de Castilla,* al que pertenecen estos versos que el lector recordará:

Adoro la hermosura y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;
mas no amo los afeites de la actual cosmética
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.
Desdeño las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.
A distinguir me paro las voces de los ecos
y escucho solamente, entre las voces, una.

Pero ¿son esos versos un ataque al modernismo, como se ha dicho más de una vez? Yo pienso que no. Al menos, no al modernismo de Darío. Por lo pronto, en los dos primeros versos—*Adoro la hermosura, y en la moderna estética/ corté las viejas rosas del huerto de Ronsard*—parece haber una confesión de fe modernista, ya que esa *moderna estética* no puede ser otra que el modernismo. La alusión al jardín de Ronsard, por cierto, y 1916 que he reproducido anteriormente, y que de Juan Ramón Jiménez y Gabriel Pradal, lo afirman, y no

la utilizó anteriormente Machado refiriéndola al mismo Rubén, en el poema que le dedicó en 1904:

Este noble poeta que ha escuchado
los ecos de la tarde, y los violines
del otoño en Verlaine, y que ha cortado
las rosas en Ronsard en los jardines
de Francia...

Por otra parte, Machado se llama a sí mismo—en un breve texto de *Los Trabajos y Los Días,* titulado *Por equivocación*[5]*—un pobre modernista del año tres.* Y en la *Salutación a los modernistas,* de uno de los poetas apócrifos, Jorge Menéndez, apostrofa así a los modernistas tardíos:

Los del semblante amarillo
y pelo largo lacio,
que hoy tocan el caramillo,
son flores de patinillo,
lombrices de caño sucio.

Estos dicterios, como ya advirtió A. Gil Novales[6], los repitió Machado en su *Discurso de las juventudes socialistas unificadas,* pronunciado en Valencia el año 1937, en plena guerra civil. En él se dirige Machado a los *jóvenes sin juventud que venden a su patria, flores de patinillo, repugnantes lombrices de caño sucio.* Es curioso que en momentos graves de la guerra recordara Machado sus antiguos dicterios a los poetas del gastado cliché modernista.

Otra frase despectiva hacia los modernistas tardíos encontramos en una carta de Machado a Unamuno, que es probablemente de 1913. Le dice en ella a don Miguel que comprende *su repulsión por esas mandangas y garliborleos de los modernistas cortesanos*[7]. Machado ata-

[5] *Obras. Poesía, prosa,* edición de Losada, Buenos Aires, 1964 (pág. 799).
[6] A. GIL NOVALES: *Antonio Machado,* Ed. Fontanella, Madrid, 1966.
[7] A. MACHADO: *Los complementarios,* Ed. Losada, Buenos Aires, 1957.

caba, pues, una y otra vez a los modernistas tardíos, que son ya puro remedo muerto del modernismo vivo y pujante de los primeros años del siglo, del modernismo del gran Rubén. En otro lugar—para añadir otro testimonio—, en una carta de 1917 a don Julio Cejador, que había de examinarle de latín en la Facultad de Letras madrileña, le dice estas palabras, comentando una polémica entre el propio Cejador y Emilio Carrere en torno a la poesía de Darío: *Admiro a Rubén, pero no padezco la superstición rubeniana. En cambio, el joven Carrere me parece un completo majadero.* Y le pide a don Julio, en vísperas de un dudoso examen, que no vea en él *al petulante modernista*[7 bis].

Veamos ahora lo que opinan acerca del modernismo de Machado dos grandes poetas, y a la vez grandes críticos: Juan Ramón Jiménez y Pedro Salinas. En su artículo *Historias de España y de Méjico: Un enredador enredado*[8] destacó Juan Ramón con numerosos ejemplos «el discípulo de Rubén Darío» que había en Antonio Machado. He aquí sus palabras: *Yo que traté tanto a Antonio Machado en esa época, sé la fuerte influencia que ciertos poemas del españolista mayor Rubén Darío, como los* Retratos, Cosas del Cid, Cyrano en España, *etcétera, determinaron en él. Los Altos del Hipódromo de Madrid recordarán bien la declamación entusiasta de un Antonio Machado teatral de estos poemas y otros,* Año Nuevo *sobre todo, del nicaragüense, paseando juntos nosotros dos en los anocheceres de verano. Temas, metros, acento de Rubén Darío, son evidentes...* Y Juan Ramón cita, como demostración de su aserto, hasta nueve poemas de Machado, en los que es visible el eco de Rubén. Bastará, para dar la razón a Juan Ramón, recordar el comienzo del *Preludio,* poema de *Soledades:*

[7 bis] Publicó la carta RAFAEL SANTOS TORROELLA en la revista *Insula,* número 158, enero 1960, Madrid.

[8] Revista *La Torre,* núm. 25, 1959, Puerto Rico.

Mientras la sombra pasa de un santo amor, hoy quiero
poner un dulce salmo sobre mi viejo atril.
Acordaré las notas del órgano severo
al suspirar fragante del pífano de abril.

La conclusión a que llega Juan Ramón al final de su antología rubeniana de poemas de Machado, no deja de ser sorprendente. Es esta: *Seguramente Antonio Machado es, de su generación, el poeta que ha tenido un eco más prolongado de Rubén Darío a través de toda su obra.* Opinión que sostiene también, insistiendo en más ejemplos, Gabriel Pradal en su estudio sobre Machado citado antes.

¿Qué opina, en cambio, Pedro Salinas de esa influencia modernista en el autor de *Campos de Castilla?* Su opinión nos la da en el ensayo sobre Machado que incluyó en su libro *Literatura Española. Siglo XX.* Al evocar los años en que triunfaba el modernismo en España, escribe Salinas: *Corren los años triunfales del modernismo literario. La renovación poética diríase que se inclina, que rinde todos sus favores a la poderosa fuerza de Rubén Darío. Vida exterior, sensualidad y opulencia decorativa temas de artificioso refinamiento, exotismo, sobre todo musicalidad, colorismo, ritmo, lujos y juegos verbales invaden el Parnaso español y seducen a las jóvenes musas, Antonio Machado no se rinde. Admirador y amigo personal de Rubén Darío, que escribió sobre él poéticas palabras exactas, este hijo de una tierra sensual, en un momento de tentaciones de una poesía sensual, afirma sin la menor petulancia, sin ánimo alguno de combate, por simple modo de ser, una poesía sobria, austera, desdeñosa de complacencias fáciles y de vanidades de los sentidos.* Y añade Salinas que la de Machado es una de las pocas voces que representan la discordancia con el modernismo, la resistencia a él, en el punto de su máximo esplendor aparente. Y en otro

lugar, en el ensayo *La literatura española moderna*, recogido en otro libro suyo, *Ensayos de literatura hispánica*, define así Salinas la actitud de los hombres del 98 frente al viento vivificador del modernismo: *Unos, como Valle Inclán, lo respiran a pleno pulmón y hasta por todos los poros; otros, como Juan Ramón Jiménez y Manuel Machado, con aliento medido; y algunos, como Unamuno y Antonio Machado, lo sienten casi irrespirable, apenas si lo pueden alentar, y para no ahogarse en él, buscán las secas soledades de Castilla.*

En estas afirmaciones de Salinas hay un poco de verdad, pero no toda la verdad. Pues no es posible ignorar que Machado se contagió, sobre todo en sus comienzos, de ciertos rasgos modernistas, aunque ese contagio fuese leve y epidérmico. Este contagio no pasó desapercibido a un espíritu tan agudo como Juan Maragall—a quien Rubén, por cierto, admiraba—, que en una carta a su amigo Francisco Pujols, fechada en 1907, rechaza —injustamente—la poesía de Antonio Machado, concretamente su libro *Soledades*, por seguir las huellas de Darío. Comentando esa influencia, añade Maragall: *Tengo en el corazón a esta juventud que se esfuerza por los caminos de la poesía, y a la que veo triste y a menudo pervertida por Rubén Darío.* En el caso de Antonio Machado, la apreciación de Maragall es harto injusta[9].

¿Y Ortega? ¿Qué pensaba Ortega de la poesía de Machado en relación con este problema de la influencia modernista? Su opinión la expresó muy claramente en su artículo *Los versos de Antonio Machado*, que apare-

[9] Sin embargo, hubo un momento en que el mismo Machado pensaba algo parecido. En un texto perteneciente a unas páginas tituladas *Naturaleza y arte (Obras Completas*, Ed. Losada, pág. 801), llama Machado a Rubén "gran poeta y gran corruptor". He aquí el breve texto: "Hace días leí unos versos de Pérez de Ayala donde había trozos sencillamente homéricos. Pero también, en cierta zona literaria, noto un cierto hedor de cosmético que me recuerda los cabarets de Montmartre, los cuadros de Anglada y los versos de Rubén Darío, aquel gran poeta y gran corruptor. Un arte recargado de sensación, me parece hoy un tanto inoportuno. Todo tiene su época. Necesitamos finos aires de sierra, no perfumes narcóticos. Porque es preciso madrugar para el trabajo y para la caza."

ció en la revista *Renacimiento* el año 1916, y que hoy puede leerse en el tomo I de sus *Obras Completas* editadas por la Revista de Occidente [9 bis]. Allí reconoció Ortega, con su palabra penetrante y diamantina, la inmensa deuda que la poesía española tiene con Rubén Darío, gracias al cual la palabra poética, degrada y vulgarizada en la España de fin de siglo, buscó de nuevo la calidad y la fantasía, la fuerza y la elegancia, sin desdeñar por ello la emoción. *Esto vino a enseñarnos Rubén Darío* —escribe Ortega—, *el indio divino domesticador de palabras, conductor de los corceles rítmicos. Sus versos han sido una escuela de forja poética. Han llenado diez años de nuestra historia literaria.* Pero a Ortega no le bastaba con esa rehabilitación de la palabra poética, del lenguaje y la forma, impulsada por Rubén. Esa es sólo una cara de la poesía. Hace falta resucitar también, nos dice, el alma lírica, el alma del verso, que es el alma del hombre que lo va componiendo. Tal es—opina Ortega dando en el clavo—lo que intenta además Machadó, y lo que logra en su poesía. Es decir, una fusión de modernismo y noventayochismo.

Todas estas opiniones son, sin duda, discutibles. Y lo primero que habría que discutir es la consideración de un modernismo monolítico, de una sola pieza. Todo movimiento espiritual tiene sus matices, sus fases. Y en el modernismo literario habría que distinguir una fase caracterizada por la renovación formal—colorismo, sensualidad de lenguaje, exotismo, etc.—, es decir, una fase parnasiana, que insiste en las formas elegantes y aristocráticas, en el preciosismo brillante y en la poesía de los sentidos, y otra fase—que puede comprobarse también en Rubén—en la que a la sensualidad y al cromatismo poético sucede un lirismo personal que busca sobre todo la intensidad en la expresión del eterno misterio humano, del dolor del hombre y de la complejidad

[9 bis] Incluido en el libro *Personas, obras, cosas*, cuya primera publicación, por la Editorial Renacimiento, es de 1916.

de su espíritu. Esa sería la fase simbolista del modernismo, un modernismo melancólico y fatalista, que es el que influye en Juan Ramón y en Machado. Ya vio Ricardo Gullón en su libro *Direcciones del modernismo,* que el primer libro de Machado, *Soledades,* se halla dentro de la tendencia simbolista del modernismo; Machado, en efecto, asimila del modernismo su línea interior —como Juan Ramón gusta de llamarla—y simbolista, y apenas recoge lo decorativo y brillante.

En esa línea simbolista, la palpitación del misterio humano, del soñar y el sufrir del hombre, entra en la poesía de Darío, del Darío de *Cantos de Vida y Esperanza,* el libro que, según escribió Machado, nos iba a revelar la hondura del alma del gran poeta americano. Y ese es el Rubén que amaba Machado, que amaba Juan Ramón, que el mismo Unamuno acabó admirando.